



MITOS E
IMAGINARIOS
LITERARIOS
DE ESPAÑA
(1831-1879)

MARIETA CANTOS CASENAVE (ED.)

IBEROAMERICANA
VERVUERT

MITOS E IMAGINARIOS
LITERARIOS DE ESPAÑA (1831-1879)

Marieta Cantos Casenave (ed.)



LA CUESTIÓN PALPITANTE
LOS SIGLOS XVIII Y XIX EN ESPAÑA

Vol. 38

Consejo editorial

Joaquín Álvarez Barrientos
(CSIC, Madrid)

Pedro Álvarez de Miranda
(Real Academia de la Lengua Española, Madrid)

Lou Charnon-Deutsch
(SUNY at Stony Brook)

Luisa Elena Delgado
(University of Illinois at Urbana-Champaign)

Fernando Durán López
(Universidad de Cádiz)

Pura Fernández
(Centro de Ciencias Humanas y Sociales, CSIC, Madrid)

Andreas Gelz
(Albert-Ludwigs-Universität, Freiburg im Breisgau)

David T. Gies
(University of Virginia, Charlottesville)

Kirsty Hooper
(University of Warwick, Coventry)

Marie-Linda Ortega
(Université de la Sorbonne Nouvelle / Paris III)

Ana Rueda
(University of Kentucky, Lexington)

Manfred Tietz
(Ruhr-Universität, Bochum)

Akiko Tsuchiya

(Washington University, St. Louis)

MITOS E IMAGINARIOS LITERARIOS DE ESPAÑA (1831-1879)

Marieta Cantos Casenave (ed.)

Iberoamericana - Vervuert · 2022

Este volumen forma parte de los resultados científicos del «Proyecto Leer y escribir la nación: Mitos e imaginarios literarios españoles (1831-1879)» (FFI2017-82177-P), financiado por AEI/FEDER, UE, Universidad de Cádiz (2017-2020). Versiones preliminares de los trabajos que aquí se publican se expusieron durante el Congreso Internacional «Leer y escribir la nación: Mitos e imaginarios literarios españoles (1831-1879)», Cádiz, 22-24 de septiembre de 2021, organizado por Marieta Cantos Casenave, IP del citado Proyecto de investigación.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Reservados todos los derechos

© Iberoamericana, 2022
Amor de Dios, 1 — E-28014 Madrid
Tel.: +34 91 429 35 22
Fax: +34 91 429 53 97
info@iberoamericanalibros.com
www.iberoamericana-vervuert.es

© Vervuert, 2022
Elisabethenstr. 3-9 — D-60594 Frankfurt am Main
Tel.: +49 69 597 46 17
Fax: +49 69 597 87 43
info@iberoamericanalibros.com
www.iberoamericana-vervuert.es

ISBN 978-84-9192-272-8 (Iberoamericana)
ISBN 978-3-96869-276-0 (Vervuert)
ISBN 978-3-96869-277-7 (ebook)

Depósito legal: M-17532-2022

Imagen de la cubierta: *María de Molina presenta a su hijo Fernando IV en las Cortes de Valladolid de 1295 o Jura de Fernando IV en las Cortes de Valladolid*, óleo sobre lienzo, Antonio Gisbert Pérez, 1863, Palacio de las Cortes, Madrid.

Diseño de la cubierta: a. f. diseño y comunicación

ÍNDICE

Leer y escribir la nación española. Apostillas a un proyecto
Marieta Cantos Casenave

PRIMERA PARTE. UNA NACIÓN PARA LAS MUJERES

¿«No hay nación para este sexo»? Dinámicas de ampliación
del imaginario nacional femenino en la obra narrativa de
Carolina Coronado

Juan Pedro Martín Villarreal

Rienzi el Tribuno y la contribución femenina a la creación del
imaginario nacional a través del personaje de María

Carmen Amaya Macías

Amor a la patria: antecedente del feminismo comprometido
de Rosario de Acuña

José María Fernández Vázquez

Viajeras en México. Tres miradas sobre el paisaje: Francis
Erskine Inglis, marquesa de Calderón de la Barca (1804-
1882), Paula Kolonitz (1830-¿?) y Emilia Serrano de Wilson
(1843-1922)

M^a Isabel Morales Sánchez

Mujeres de rompe y rasga: el imaginario femenino en la
zarzuela andaluza decimonónica

M^a del Carmen López Gómez

La imagen de la mujer en los almanaques cómico-satíricos de la segunda mitad del siglo XIX

David Loyola López

SEGUNDA PARTE. NUEVOS HÉROES PARA LA NACIÓN

Reimaginando la leyenda de Bernardo del Carpio a través de la novela en el XIX español: George Washington Montgomery, Manuel Fernández y González y Emilio de Alcaraz

Javier Muñoz de Morales Galiana

Miguel de Cervantes, héroe nacional: entre la documentación historiográfica y la ficción recreativa en el siglo XIX

Francisco Cuevas Cervera

La mitificación de Diego Muñoz Torrero y Salustiano de Olózaga en la literatura española del XIX

Eduardo Fernández López

Los monumentos conmemorativos: lecturas cívicas de la nación

Alberto Ramos Santana

TERCERA PARTE. HACIA UNA LITERATURA NACIONAL

El imaginario de *El Artista* como solución de progreso de España (1835-1836)

Julia M.ª Bernal Ferriz

En torno a la orientalización de España: la traducción de los *Cuentos de la Alhambra* (1844) de Manuel María Santa Ana, editados por Mellado

Marieta Cantos Casenave

Versos épicos: el marqués de Molíns y el romancero de la guerra de África de 1860

Salvador García Castañeda

La Violeta (1862-1866): escribir y leer la historia en la España isabelina

María Isabel Jiménez Morales

La teatralidad del imaginario nacional: la escenografía romántica y costumbrista del drama

Alberto Romero Ferrer

Sobre los autores

Índice onomástico

Índice topográfico

LEER Y ESCRIBIR LA NACIÓN ESPAÑOLA. APOSTILLAS A UN PROYECTO

Marieta CANTOS CASENAVE
Instituto de Estudios del Mundo Hispánico
Universidad de Cádiz

Entre 1831 y 1879 se producen cambios muy significativos en la política de España que tienen su correlato en la literatura. La enfermedad de Fernando VII, el nacimiento algunos meses antes de la infanta Isabel y la designación de M.^ª Cristina como reina gobernadora explican, en primer lugar, que el avispado empresario José M.^ª Carnerero decidiera dedicarle a M.^ª Cristina —y ponerla bajo su amparo— las *Cartas españolas*, una de las revistas más atentas al nuevo público lector femenino, hasta el punto de incluir láminas litografiadas —algunas de ellas en color— de figurines de la moda más en boga en París. Esta fundación sería el término desde el que se trataría de llevar a cabo el proyecto de investigación que da pie a estas páginas.

No era ese el único aliciente de la revista. Originada en una supuesta tertulia que había dejado de celebrarse presencialmente a causa de que algunos de sus miembros deben abandonar la capital madrileña donde tenía lugar, los contertulios deciden mantener sus «conversaciones» a través de una correspondencia que dará lugar a las «Cartas españolas» mencionadas en el título de la cabecera periodística. En ese título, además —y a pesar de que

algunas de sus misivas procedan de Francia— lo español se va a convertir en el tema central de sus intercambios epistolares.

En el extracto del «Prospecto», obra al parecer del malagueño Serafín Estébanez Calderón, se destaca el «capítulo» dedicado a la historia, «relativo a sucesos antiguos y modernos», a los que habrían de sumarse el referente a las ciencias, con especial atención a los «nuevos y más ventajosos descubrimientos, que tienen aplicaciones inmediatas a las necesidades de la vida», el dramático y teatral, donde se atendería tanto a la literatura de este género impresa como a la difundida a través de la representación. En el capítulo de artes, además de las «bellas» se ofrecerían artículos sobre «las agrícolas e industriales». Mientras en crítica y literatura se presentarían «observaciones sobre las obras nuevas que se imprimen, y se incluyen cuadros morales, que bosquejen las costumbres públicas, de un modo instructivo y agradable». En el «Boletín» se incluiría «la narración de sucesos curiosos y variados, que formen, una divertida Miscelánea; no olvidando las Modas, ni las Anécdotas del día, ni los objetos, de cualquier materia, que puedan proporcionar utilidad o entretenimiento». Por último, los lectores hallarían la sección sobre la economía pública, y materias análogas. Además, darían especial cabida a «composiciones poéticas», así como a «observaciones y cartas que se dirijan al Editor», «procurando en un todo amenizar esta instructiva y variada colección, y hacerla merecedora de la Excelsa Bondad con que la REINA NUESTRA SEÑORA se ha dignado favorecerla» («Extracto del Prospecto de las *Cartas Españolas*», 26 de marzo de 1830). En resumen, todo un programa de modernidad con el que querían atraer a sus posibles lectores.

Será en el «Frontis en papel», donde explique el origen de las cartas y de la tertulia que reúne en su casa la viuda

baronesa de Barbadillo, conocedora de modas, trajes, telas y peinados; el segundo componente es el *Solitario*, esto es Estébanez Calderón; el tercer contertulio se oculta bajo el nombre de Severo Sofímezas, experto en leyes; el cuarto, Crisófilo Nauta, entendido en economía y estadística; Crispín de Centellas es el experto en las bellas letras; Félix de Menchaca es un andaluz, crítico y buen conocedor de la amena literatura y, por último, Leonor, es una «americanita linda» sobrina de don Severo. De todos ellos los únicos que permanecen en la corte son la baronesa y el Solitario, que reciben «cartas del tío y la sobrina que en este punto visitan la Francia, escriben largas epístolas a don Crisófilo Nauta, que viaja por el Norte de Europa, corresponden con el don Félix que recorre ahora alguna de nuestras provincias, y hablan y se entretienen con otros amigos en sus recreaciones tertulianas». Todos estos discursos serán trasladados a las páginas de la revista. De este intercambio epistolar, que de alguna manera sigue el modelo de las *Cartas marruecas* de Cadalso —sin que en la obra del gaditano exista la excusa de la tertulia—, nace también el diálogo entre la imagen que tienen los contertulios sobre su propio país y la heteroimagen que se proyecta de la nación española, principalmente desde Francia, pero también desde otros lugares de Europa.

El interés de examinar la idea de España en esta revista es que se publica en unos años cruciales para el desarrollo de la nación en el tránsito al Estado liberal. Por este motivo, son significativos los discursos referidos tanto a las nuevas modas literarias —aquí empieza a publicar Estébanez sus primeros artículos sobre «Costumbres»—, como en lo referente a la opinión que los extranjeros tenían sobre el estado de nuestra literatura, que contiene, por ejemplo, el artículo «Literatura española. Carta de un español residente en Nueva York, al Editor de las Cartas Españolas. Nueva York, 25 de agosto de 1830» en la 5ª entrega de esta revista

el 11 de mayo 1831, donde se traslada un «Resumen de la crítica» sobre el estado de la literatura española, realizado por Robert Walsh, redactor de la *Revista de Filadelfia*. De la misma manera, en esa misma entrega, se publica la «Novela árabe»¹, así como el «Retrato histórico de Don Luis Fajardo, marqués de los Vélez», que se declara «tomado del libro de Ginés Pérez de Hita, las *Guerras civiles de Granada*»². La presencia de ambos textos, si bien puede parecer anecdótica, es significativa del interés que despertaba en estas fechas la presencia árabe en España y la obra de Pérez de Hita, una de las fuentes utilizadas en Europa, en la traducción de Thomas Rodd, para representar las luchas entre los moros y cristianos durante la Edad Media española.

El otro hito literario que enmarcaba cronológicamente el proyecto era la finalización de la Segunda Serie de los *Episodios Nacionales* de Galdós en 1879. En estas dos series Galdós propone una relectura de la historia de España que impresiona vivamente, no solo por el ritmo narrativo, la naturalidad de sus diálogos y la viveza de sus descripciones, sino porque, habiendo acudido a todo tipo de testimonios, consigue construir un relato que se aparece «lleno de verdad». La eficacia de su realismo intencional es enorme y esa ha sido una de las causas de que su lectura siga interesando como representación de un imaginario nacional, en el que las clases medias adquieren un singular protagonismo.

Otra justificación para elegir 1879 como fecha de clausura del proyecto es que, a partir de esos años finales de la década de los setenta, no solo cambia la forma en que Galdós plantea el resto de los episodios, sino que, en general, cambia el rumbo de la narrativa española hacia el realismo-naturalismo. Además, se ha producido ya la transformación del espectáculo teatral en un teatro por horas donde la zarzuela y el género chico cobran una

relevancia fundamental, como forma de entretenimiento y de plasmación de unos gustos que, si en sus inicios (1867-68) tuvo algunos elementos de «revolución social y cultural», su apropiación «por las burguesías urbanas en plena expansión es inmediata, desde los primeros años del Sexenio», de modo que pierde cualquier posibilidad de contestación política y cultural³.

Además, en el ámbito político las diferencias provinciales que habían estado disputando el protagonismo patriótico a la nación, con una proyección significativa durante las revueltas cantonalistas —donde se llegó a defender también el patriotismo local—, van a ser poco a poco superadas por los regionalismos, que en literatura tendrán su expresión en distintos movimientos reivindicativos de las expresiones literarias propias de cada región.

Es indudable que, tal como estaba planteado, el proyecto de investigación era muy ambicioso no solo por la cantidad de fuentes que debía frecuentar, sino, sobre todo, por los resultados que pretendía allegar. Por una parte, un volumen que diera cuenta de los distintos intentos llevados a cabo entre 1831 y 1879 de construir una historia nacional en sus distintos ámbitos, desde la poesía al drama, pasando por el artículo de costumbres, la novela o el cuento. Por otra, una revisión de los mitos que habían sido revisitados durante estos años por la literatura o había sido creados en estas fechas. Entre los frutos recogidos, además de algunos trabajos publicados en diferentes revistas y capítulos de libro, el primero fue el monográfico «De *Cartas Españolas* a los *Episodios nacionales*: los imaginarios de la nación» publicado en la revista *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo*, 25 (2019). A este se añade la publicación en la editorial Brill del libro *Otherness and national identity in 19th-century Spanish literature*, donde se analizan una serie de casos en los que algunos autores del Romanticismo español imaginaron a sus «otros» y cómo los extranjeros

nos representaron como nación. Como culminación del proyecto, en este volumen se reúnen algunos de nuestros hallazgos más recientes, que consta de tres secciones, que se ocupan de incorporar la perspectiva de género, la construcción de una galería de héroes de la patria —en la que las mujeres están prácticamente excluidas, salvo excepciones— y un examen de cómo los escritores españoles trataron de crear una literatura nacional, a través del estudio de una serie de casos.

En la primera de estas secciones, «Una nación para las mujeres», tratamos de darle la vuelta a la pregunta siempre planteada sobre si las mujeres tuvieron un espacio dentro de la comunidad nacional. Este interrogante es precisamente el punto de partida del trabajo de Juan Pedro Martín Villarreal, «¿“No hay nación para este sexo”? Dinámicas de ampliación del imaginario nacional femenino en la obra narrativa de Carolina Coronado», donde el investigador examina la intervención de Carolina Coronado desde la doble marginalidad de su situación en el mundo literario por su condición femenina y por la condición periférica de los lugares en los que vivió. Estas circunstancias no le impidieron, no obstante, mediante el uso de las denominadas tretas del débil⁴, abrir brechas para remodelar el imaginario femenino a favor de un modelo de mujer más integrador, como efectivamente hizo en la «Galería de poetisas españolas contemporáneas». En la aproximación a *La Sigea* y *Jarilla*, dos novelas históricas en las que la escritora reelabora las representaciones de Luisa de Sigea, como modelo de mujer instruida, y de la mora Jarilla, el investigador descubre de qué modo Coronado reivindica un iberismo destinado a ensanchar los márgenes de la comunidad imaginada.

Le siguen a este capítulo dos trabajos sobre Rosario de Acuña. El primero de ellos lo firma Carmen Amaya Macías y versa sobre el personaje de María de *Rienzi el Tribuno* como

contribución femenina a la creación del imaginario nacional, en el que la autora, si todavía no se cuestiona de forma tajante el modelo del ángel del hogar, sí que propone vías para la intervención política de las mujeres, en un camino que recorrerá la propia Rosario de Acuña.

Por su parte, José María Fernández Vázquez se ocupa de la obra *Amor a la patria*, publicada en Zaragoza en 1877, bajo el seudónimo masculino de Remigio Andrés Delafón, donde hace aflorar sus ideas masónicas respecto a la religión, y una concepción del patriotismo nada conservadora a pesar del homenaje que se hace a los zaragozanos en su resistencia contra el invasor francés. Por otra parte, Fernández considera que esta obra dramática debe ser leída como antecedente del feminismo comprometido de la escritora, donde ya sí cuestiona de forma más abierta el modelo de feminidad que se iba extendiendo en la sociedad burguesa del siglo XIX.

Tres escritoras, estudiadas en relación con la construcción de una mirada femenina sobre el paisaje de México centran la atención de M^a Isabel Morales Sánchez en «Viajeras en México. Tres miradas sobre el paisaje: Francis Erskine Inglis, marquesa de Calderón de la Barca (1804-1882), Paula Kolonitz (1830-¿?) y Emilia Serrano de Wilson (1843-1922)». La propuesta de análisis de los relatos de estas viajeras pasa por el examen de la visión de tres viajeras que adoptan miradas diferentes sobre México en función del objetivo de su viaje, pero también de la propia experiencia vivida, así como de las experiencias leídas de los viajeros que las han precedido en su acercamiento a este territorio, del que no queda ausente, aunque con matices en cada uno de los relatos, la perspectiva colonial europea frente a una nación que está luchando porque se le reconozca la legitimidad de su soberanía e independencia.

Siguen después dos trabajos que suponen el contrapunto de los capítulos anteriores. Por una parte, el texto de M^a del

Carmen López Gómez examina las figuras protagonistas de tres zarzuelas andaluzas, definidas como «Mujeres de rompe y rasga», desde la perspectiva de la tradición picaresca. Se trata pues, de obras escritas por hombres, que tratan de poner en escena a una serie de mujeres «de ánimo resuelto», que parecen vivir ajenas al orden patriarcal, se trata de las protagonistas de tres zarzuelas menores que presentan rasgos similares a la heroína de *La pícaro Justina* (1605): *¡Es la Chachi!* (1845) de Francisco Sánchez del Arco, *La gitanilla* (1861) de Antonio Reparaz y *Perla* (1871) de Miguel Marqués.

A continuación y como cierre de esta primera parte, David Loyola López, en «La imagen de la mujer en los almanaques cómico-satíricos de la segunda mitad del siglo XIX», se ocupa de indagar en la representación de las mujeres a través un género literario, el almanaque, de larga tradición, que conoce una significativa revitalización en esta centuria, particularmente desde la década de los 50. A través de su pormenorizado análisis, Loyola revela de qué modo los almanaques, un género eminentemente masculino en estas fechas, responden a una nueva realidad social, la irrupción de la mujer en distintos ámbitos de la esfera pública.

La segunda parte de este volumen está consagrada a investigar cuáles son los «Nuevos héroes para la nación». En conjunto se trata de estudios sobre discursos patriarcales en los que algunos personajes cobran nueva vida de la mano del Romanticismo. Es el caso del caballero Bernardo del Carpio, cuya resignificación analiza Javier Muñoz de Morales Galiana en «Reimaginando la leyenda de Bernardo del Carpio a través de la novela en el XIX español: George Washington Montgomery, Manuel Fernández y González y Emilio de Alcaraz», a partir de tres novelas. La primera de ellas es *El bastardo de Castilla* de George Washington Montgomery, publicada en 1832, la segunda novela, la más

significativa es la que publicara Manuel Fernández y González en 1858, *Bernardo del Carpio* y la tercera es *Daniel o la corte del rey Ordoño*, publicada por Emilio de Alcaraz en 1864.

La contribución de Francisco Cuevas Cervera, «Miguel de Cervantes, héroe nacional: entre la documentación historiográfica y la ficción recreativa en el siglo XIX», examina cómo se mitifica al autor del Quijote a través de la construcción de diferentes biografías, en las que se van seleccionando una serie de detalles y obviando otros, que impedirían su entronización como héroe nacional y que hubieran disonado en el modelo panegirista generalmente cultivado por esas fechas.

En una línea muy diferente, Eduardo Fernández López examina el proceso de mitificación de dos protagonistas de la construcción liberal de la nación, los diputados Muñoz Torrero y Olózaga, en su investigación sobre «La mitificación de Diego Muñoz Torrero y Salustiano de Olózaga en la literatura española del XIX». No obstante, al igual que ocurre en el caso del autor de *El Quijote*, las biografías de Muñoz Torrero y Olózaga son resignificadas a lo largo del siglo XIX. Como bien explica el autor, en nada se parecen el retrato que había realizado Nicomedes Pastor Díaz sobre Olózaga para la *Galería de españoles célebres y contemporáneos*, publicada por Ignacio Boix en 1845, al que redactaría algunos años después, en 1863, su principal biógrafo Ángel Fernández de los Ríos, que lo convierte en icono del liberalismo. Respecto de Muñoz Torrero, apenas se había escrito nada, salvo algún artículo de prensa y es a raíz precisamente de que Ángel Fernández de los Ríos pida a los progresistas que reclamen sus restos cuando la polémica que se desata en la prensa haga ver la necesidad no solo de enterrar en España al que ya era un héroe liberal, sino de construir una biografía, que correría a cargo del mismo Fernández de los Ríos. Entre las biografías de uno y otro, los

Episodios nacionales de Galdós dan cuenta de una mirada que trata de ser más equilibrada.

En el último estudio de esta sección, «Los monumentos conmemorativos: lecturas cívicas de la nación», Alberto Ramos Santana realiza un acercamiento muy minucioso a la política conmemorativa con que se trataba de jalonar el relato nacional. Como explica en este capítulo, los diputados de las Cortes reunidas en 1810 instaron a colocar placas y levantar monumentos conmemorativos, dedicados a la Guerra de la Independencia y la Constitución de 1812, conscientes de la necesidad de establecer una política de símbolos que destacaran los hitos principales de la construcción de la nación española. Esa idea, que tiene antecedentes ilustrados, cobró fuerza con el triunfo del liberalismo, etapa en la que los monumentos, además de servir como reconocimiento a los «mártires de la libertad», también se entendieron como una forma de educación cívica sobre la historia patria. Sin embargo, estas iniciativas no fueron ajenas a la disputa ideológica y política. En este sentido, la larga y tortuosa trayectoria de la construcción del «Panteón de Hombres Ilustres», ayuda a entender la dificultad de conformar la idea de la nación española.

Por último, en la tercera parte, «Hacia una literatura nacional», se contienen cuatro estudios en los que se examina el modo en que la prensa periódica, la narrativa, la épica y el teatro se amoldan a las nuevas inquietudes de los autores y a las demandas de los lectores en un proceso de continuo diálogo entre la tradición y la modernidad para conformar una literatura nacional. En el primero de los estudios, Julia M.ª Bernal Ferriz analiza «El imaginario de *El Artista* como solución de progreso de España (1835-1836)». En este caso, la investigadora, además de tener en cuenta la literatura académica sobre esta revista, una de las primeras pintorescas en España, que, a pesar de su escasa duración, tuvo una notable repercusión en la época, revisa

la recreación que elabora Galdós en sus *Episodios nacionales*, particularmente a través de *Un faccioso más... y algunos frailes menos*, un episodio crucial de la segunda serie en que el escritor canario ficcionaliza la creación de esta revista al calor de las relaciones de amistad y de ansias culturales de personajes como los Madrazo y Eugenio de Ochoa, por citar los más señeros. En su estudio, Bernal ahonda, además, en los contenidos de la revista para evidencia su significación como medio de hacer avanzar a España para tratar de situarla al nivel de otras capitales europeas en cuanto a inquietudes artísticas, pero también ideológicas, sociales e incluso políticas.

Le sigue «En torno a la orientalización de España: la traducción de los *Cuentos de la Alhambra* (1844) de Manuel María Santa Ana, editados por Mellado», en que la autora plantea en qué medida el autor sevillano se propuso replicar a la heteroimagen de España y Andalucía, elaborada por Washington Irving en *The Alhambra*, a través de su traducción, como así parecía deducirse del prólogo que el mismo Santa Ana escribe. Para ello realiza un recorrido por las principales traducciones publicadas en la primera mitad del XIX de la obra del estadounidense, para centrarse, a continuación, en el análisis de los estereotipos sobre los españoles y los andaluces que se perpetúan en la traducción de Santa Ana. Por último, examina cómo se imbrica la publicación de esta traducción en la labor editorial de Mellado y cuál fue el contexto político y cultural en que la obra vio la luz. En este contexto cultural cobra importancia no solo el hecho literario, sino la cultura visual de los espectáculos ópticos que en panoramas, dioramas y neoramas dotan de mayor verosimilitud para el público de las clases medias una realidad que se torna cambiante cada vez a mayor velocidad.

La poesía y concretamente los «Versos épicos: el marqués de Molíns y el romancero de la Guerra de África de 1860»

constituyen el asunto sobre el que versa el capítulo de Salvador García Castañeda, que en otros trabajos se había acercado a este asunto a través del análisis de pliegos de cordel o de los testimonios de otros escritores como Alarcón, Núñez de Arce o Galdós. En esta ocasión, García Castañeda explica el desarrollo de la contienda a lo largo de seis meses como fruto del contexto político y de la necesidad, por una parte, de acabar con las disensiones que amenazaban al gobierno de la Unión Liberal y, por otra, de mejorar la imagen de España a ojos extranjeros. El *Romancero* de Molíns era una obra colectiva que trataba de extender entre los lectores la idea de que España recuperaba la senda de antiguas gestas heroicas, aunque se pasara de puntillas por encima de las pérdidas humanas que causarían enorme dolor a las familias que perdieron a los más de 15.000 soldados que murieron en ella.

Desde que *Cartas Españolas* incluyera una sección dedicada a la historia, como tema especialmente apropiado para la instrucción de las mujeres según se proponía en el siglo XVIII, la mayor parte de las revistas destinadas a la lectura femenina solían incluir este asunto, pero en el caso de *La Violeta* (1862-1866), como destaca M.^ª Isabel Jiménez Morales, esta temática cobra especial relieve a partir de 1864 y particularmente de la mano de Rogelia León, que publicó diecinueve artículos de asunto histórico en diverso formato, desde el asunto legendario de ambientación granadina al apunte biográfico, donde rescata a mujeres de la historia española, como «La esposa de don Favila», que propone a sus lectoras como ejemplo de virtud, con las que trata de erigir también una galería de españolas célebres.

Como destaca Jiménez Morales, en el conjunto de mitos de España abordados por *La Violeta* prevalecen los de asunto medieval, tan caro a los románticos, con particular atención a la lucha contra la dominación árabe, aunque también se dedican algunos artículos a los reyes y hazañas

de la Edad Moderna, así como a escritores del Siglo de Oro. Frente a este interés por el pasado, la historia contemporánea queda limitada al tratamiento de la Guerra de la Independencia y la mitificación de un pueblo capaz de liberarse del yugo napoleónico.

Cierra esta sección y el libro, el capítulo de Alberto Romero Ferrer, «La teatralidad del imaginario nacional. La escenografía romántica y costumbrista del drama», que trasciende los límites del libro para desarrollar sus indagaciones en torno a la escenografía romántica, que evoluciona en el transcurso del siglo hacia un naturalismo, fuertemente apegado al detalle cotidiano. A través del análisis de las acotaciones, entendidas como anotaciones para la puesta en escena, se retoma la reflexión sobre la cultura visual que impregna fuertemente la literatura de este periodo y que tiene uno de sus máximos exponentes en el drama romántico, con toda su utilería de panoramas móviles y dioramas.

¹ En el buscador de la web del proyecto, origen de este libro, puede localizarse dicho artículo. Véase, Marieta Cantos Casenave, «Literatura española. Carta de un español residente en Nueva York. Poema». Proyecto I+D+i «Leer y escribir la nación: mitos e imaginarios literarios de España (1831-1879)» (Ref: FFI2017-82177-P) <<https://imagineariosnacionalesxix.uca.es/informacion-detallada-de-una-obra/?id=194/>>.

² Marieta Cantos Casenave, «Retrato histórico de Don Luis Fajardo, marqués de los Vélez». Proyecto I+D+i «Leer y escribir la nación: mitos e imaginarios literarios de España (1831-1879)» (Ref: FFI2017-82177-P) <<https://imagineariosnacionalesxix.uca.es/informacion-detallada-de-una-obra/?id=196/>>.

³ Salaün, Serge. *Les spectacles en Espagne (1875-1936)*. Paris, Presses Sorbonne Nouvelle, 2011, <<http://books.openedition.org/psn/1317>>.

⁴ Ludmer, Josefina. «Tretas del débil» en Patricia E. González y Eliana Ortega (eds.), *La sartén por el mango. Encuentro de escritoras latinoamericanas*, Río Piedras, Huracán, 1984, pp. 47-54.

PRIMERA PARTE

UNA NACIÓN PARA LAS MUJERES

¿«NO HAY NACIÓN PARA ESTE SEXO»? DINÁMICAS DE AMPLIACIÓN DEL IMAGINARIO NACIONAL FEMENINO EN LA OBRA NARRATIVA DE CAROLINA CORONADO

Juan Pedro MARTÍN VILLARREAL
(Universidad de Cádiz)

1. EL RETO DE TEJER UN IMAGINARIO NACIONAL EN FEMENINO: LAS ESCRITORAS ANTE LA MITIFICACIÓN DEL PASADO ESPAÑOL

La obra narrativa de Carolina Coronado (1820-1911) ha recibido un escaso interés por parte de la crítica a pesar de su temprano compromiso feminista y la querencia por el desarrollo de narrativas que buscan ampliar el imaginario sobre el que se sustenta la idea de España en el siglo XIX. Su condición periférica, tanto por su lugar en el canon literario como por su lejanía de la corte madrileña —primero en Almendralejo y más tarde en Lisboa—, revela una mirada que se sitúa en una alteridad que no renuncia a participar en la construcción mítica de la nación española, tal y como se evidencia en algunas de sus novelas.

Aún en construcción en este siglo, la literatura se afanó en consolidar la identidad nacional por medio de la recreación de sus mitos fundacionales en un proceso de «mitificación del pasado español»¹. Estas narrativas, construidas en torno a figuras históricas ligadas a la monarquía hispánica —destacan algunas como don Rodrigo, Juan II, Enrique II o don Álvaro de Luna, así como la reina María de Molina², doña Urraca de Castilla, Agustina de

Aragón o Juana la Loca—, convirtieron en iconos de lo español a ciertas figuras históricas sublimando su gallardía, piedad y patriotismo. A este propósito se orientaron también otras obras ocupadas de representar y sublimar los espacios propios como una suerte de símbolo nacional, marcando de este modo sus diferencias con el más allá³. Así, se encumbraron espacios como el monasterio de Monserrat, rescatado como símbolo de España por su vinculación con la Inmaculada Concepción en *La azucena silvestre* (1845) de José Zorrilla⁴; Toledo y su alcázar, al que se dedicaron textos como *El Toledo pintoresco* (1845) de José Amador de los Ríos; la Alhambra de Granada, encumbrada como símbolo del mestizaje cultural que tanto fascinó a los viajeros europeos por medio de textos como «Los tesoros de la Alhambra» (1832) de Serafín Estébanez Calderón; o el paisaje castellano y sus castillos, que sería en los estertores del siglo un símbolo inequívoco del carácter español. Igualmente, el gusto por el costumbrismo puede comprenderse como resultado de este mismo interés, pues el principal objetivo de estas colecciones de tipos, artículos y cuadros era el de observar minuciosamente al pueblo español y caracterizarlo.

La centralidad de la construcción de este imaginario, que define cómo los españoles se conciben a sí mismos como ciudadanos de una misma nación, es clave si se tiene en cuenta hasta qué punto la negociación de esta identidad colectiva resulta de un diálogo entre formas de entenderse que resultan en ocasiones antagónicas. También se imbrican en este proceso una serie de tensiones que afectan a cómo es comprendida la nación más allá de sus fronteras y que obligan a renegociar la imagen propia a partir de la impuesta desde el resto del continente. Este hecho se evidencia sobre todo en el siglo XIX, cuando España es descubierta por el resto de Europa como una nación valerosa que resiste contra el invasor francés⁵, pero también

imaginada como un territorio exótico y salvaje en el que un reducto de Oriente se mantiene virgen para el viajero europeo⁶.

No conviene olvidar que el imaginario nacional responde al trazado de una hegemonía cultural que impone unos símbolos que se sitúan en el centro frente a unos márgenes que disputan por participar de esta negociación. En este sentido, otros grupos sociales minoritarios propusieron un imaginario nacional que no siempre discurría por los mismos derroteros, mientras que muchos otros —por su condición de exclusión— ni siquiera participaron de este proceso, sumando a su marginación social una de tipo simbólico. En el caso de las mujeres, su contribución a la confección del imaginario nacional fue limitada, principalmente por el papel subsidiario que tuvieron tanto en el ecosistema literario como en el social, hecho que ya fue denunciado por la propia Carolina Coronado, quien, consciente de su situación de opresión, señaló que «ni hay nación para este sexo»⁷. Sus prácticas literarias se situaron siempre en la marginalidad, viéndose obligadas a justificar su utilidad para la educación y la moral, así como a ocuparse de ciertas temáticas y géneros considerados adecuados para ellas.

La participación de las escritoras en un proyecto de tan altos vuelos como el de la construcción de los mitos y símbolos españoles estuvo repleto de obstáculos. Cuando se atrevieron a significarse como sujetos literarios fueron miradas de soslayo por sus compañeros, y más aún cuando se ocuparon de asuntos históricos o políticos, temas a los que eran ajenas desde hacía siglos y para la que no eran consideradas aptas por su supuesta incapacidad intelectual y consiguiente escasa educación. La proyección femenina del imaginario nacional se desarrolló muy lentamente, por lo que habría que esperar a la segunda mitad del siglo para encontrar a un nutrido grupo de escritoras que, amparándose en intereses morales y pedagógicos,

derribaron los muros que las separaban del cultivo de formas novelísticas que recreaban el pasado de la nación. Esta labor de ampliación del imaginario nacional debe entenderse como una inevitablemente política en tanto que supuso ocupar un espacio hasta entonces vedado para ellas en la confección de un imaginario —que también definía la feminidad española— en el que sentirse justamente representadas.

Entre estas prácticas destaca el cultivo de novelas históricas que, o bien rescatan episodios y figuras históricas menos reivindicadas desde el discurso decimonónico oficial, o bien aportan una visión diferencial de aquellos iconos ya encumbrados, a la vez que también se aprecian intereses por ampliar los paisajes prototípicos de la nación. Este género, en su conceptualización decimonónica, resultaba poco femenino por su contenido intelectual y su vertiente pública. Ello, sin embargo, no fue óbice para que algunas literatas se enfrentaran a los prejuicios de lectores y escritores y se lanzaran a reescribir la historia desde su propia perspectiva. Desde precursoras como Casilda Cañas de Cervantes a otras que siguieron sus pasos como Gertrudis Gómez de Avellaneda, Teresa Arróniz, Pilar Sinués de Marco, Felicitas Asín de Carrillo o Eduarda Feijoo, el género fue cultivado en manos femeninas caracterizándose por el uso del trasfondo histórico para integrar argumentos amorosos que generalmente consolidan imágenes estereotípicas de heroínas nobles que destacan por su fragilidad, belleza e inconmensurable bondad⁸.

2. HAY NACIÓN PARA ESTE SEXO. *LA SIGEA* Y *JARILLA* COMO EJEMPLOS DE AMPLIACIÓN DEL IMAGINARIO ESPAÑOL

Carolina Coronado (1820-1911) no se mantuvo ajena a la conformación del imaginario nacional español y reivindicó figuras históricas con las que como mujer y escritora

podiera sentirse identificada, así como también se sirvió del molde de la novela histórica para situar en el centro los paisajes de su infancia, los de Extremadura. Nacida en el seno de una familia acomodada de comerciantes entre Almendralejo y Badajoz, su salto a la fama se vio augurado por el apoyo de escritores como Juan Eugenio Hartzenbusch, quien prologó su primer poemario, así como de otras figuras públicas como Emilio Castelar, quien en 1857 la encumbraba como la poetisa más perfecta en una serie de artículos en *La discusión*. Su estatus como escritora, no obstante, se basó en unos frágiles fundamentos, propios de una configuración de autoridad muy débil por su condición de mujer, lo que puede explicar los cambios en su percepción como escritora, pasando del victimismo a la reivindicación, del progresismo a la moralidad doméstica, o del sentimentalismo romántico a su crítica⁹. Ya en Madrid, donde contrajo matrimonio con Justo Horacio Perry, fue amiga personal de la reina Isabel II, quien, entre otras cosas, prestó su favor para que se construyera un palacete en el que organizó multitud de tertulias de signo progresista. A la muerte de su hija y tras la bancarrota de su marido, ambos se trasladaron a Lisboa, donde la escritora vivió hasta su muerte. Tanto *La Sigea* (1854) como *Jarilla* (1868), escritas en el apogeo de su carrera, constituyen ejemplos de su interés por ampliar los imaginarios nacionales en favor de una simbología femenina más integradora. Además, su interés por recuperar un parnaso de escritoras que sirviera de modelo para su propia generación y que, por otra parte, representara el capital intelectual de las mujeres en la historia de España, la península y Europa se hizo evidente en proyectos como la «Galería de poetisas españolas contemporáneas», publicada en *La Discusión* a partir de 1857, o sus textos en los que relacionaba a Santa Teresa de Jesús y Safo, publicados en el *Semanario Pintoresco Español* en 1850.

La Sigea comenzó a publicarse en este mismo semanario en 1851, pero no fue terminada hasta 1853 por las vicisitudes que ocurrieron a la autora —entre ellas el nacimiento de su hija— y que motivan ciertas diferencias entre la primera y la segunda parte, tantas que la propia autora afirmó en el prólogo que «he leído con sorpresa la primera parte de mi novela, sin poder reconocer a la autora de ella, y juzgándola como si el yo de entonces fuese enteramente distinto al yo de ahora»¹⁰. En la novela se ficcionaliza la historia de Luisa Sigea (1522-1560), quien cobró un relevante papel tanto en España como en Portugal por su condición de humanista y poeta durante el Renacimiento. Nacida en Tarancón, fue apodada «la Toledana» a pesar de que pasó gran parte de su vida en la corte de doña María de Portugal, principalmente debido a que su padre, Diego Sigeo, se había posicionado del lado de Juan Padilla en la guerra de los comuneros. Su conocimiento de lenguas como el latín, el griego, el hebreo o el árabe, así como su gusto por la poesía, llamaron la atención desde muy temprano, lo que hizo que fuera la preceptora de la infanta María, hija de la reina Catalina de Portugal. En 1555, Luisa Sigea volvió a España, donde se casó con Francisco de Cuevas e ingresó durante unos años en la corte de doña María, hermana de Carlos I. Su muerte, en 1560, podría estar debida a la depresión en la que la sumió la negativa por parte de Isabel de Valois, esposa de Felipe II, a que formara parte de su corte, lo que sin duda supuso toda una serie de dificultades económicas.

Puede ser considerada una de las pocas *puellae doctae* del Renacimiento español en un contexto ajeno al religioso¹¹. Este hecho no resulta baladí, pues Coronado rescata una figura femenina docta y laica con la que empatizar y favorecer una desclericalización del capital simbólico nacional, en línea con sus continuas críticas a los frailes y la Inquisición presentes en ambas novelas. A su